La concepción de la mujer: su identidad y roles

Martha Mónica Curiel García

"Hoy más que nunca, la causa de la mujer es la causa de toda la humanidad."
B. Boutros Ghali

Introducción

La economía, la política, la educación, el trabajo, el lenguaje, la sexualidad, todo se reacomoda por la presencia o la ausencia de las mujeres.

A lo largo de la historia, las ciencias sociales han tenido como objetivo principal establecer generalizaciones, imponiendo racionalidad, orden y pautas sistemáticas al mundo de la experiencia sensible, a la realidad con la que se enfrenta el individuo, quien como actor social inmerso en el *continuum* de esa realidad, vive ésta como algo ambiguo, caótico e impredecible [Pujadas, 1992:41].

Se ha desarrollado un desplazamiento de los considerados débiles, como las mujeres, los indígenas y las personas pobres, "los sin historia", y se le ha dado importancia a aquello que representa el poder.

En la historiografía tradicional, las mujeres no tenían sitio, la historia era lo que los hombres escribían, hacían y sufrían. La causa y el efecto de esta situación era una perspectiva androcéntrica de la historia: la experiencia de los hombres en *la* y *de* la historia se identificaba con "historia general" [Pujadas 1992:47].

Resulta por ello necesario propiciar un cambio: el de insertar a la mujer en la historia para rescatar lo femenino.

Se debe crear una nueva forma de ser y de sentir la vida y la relación, de componer o edificar el mundo; lo que atañe a las raíces de la justicia.

Esto entraña un modelo diferente, supone un paso de unas relaciones más jerárquicas y piramidales a otras más igualitarias que repercutan en la totalidad de la humanidad, ya que afecta al ser humano, a la forma de ser mujer, pero también a la manera de ser varón.

El continuo afán de que verdaderamente surja un conocimiento de lo invisible, un rescate de aquellos "sin historia", es la razón de este trabajo, en el que se tiene como propósito rescatar lo invisible, aquello que no tiene voz, utilizando de la metodología cualitativa, la historia de vida, pues si son los hombres y mujeres quienes hacen la historia, el escuchar sus puntos de vista, sus testimonios, su invención de lo pasado, permite acercarse abiertamente a las pequeñas escenas que arman la trama general de esa historia, con sus ritmos propios y particulares, con las vivencias, visiones y expectativas singulares de sus actores, reinterpretadas y reelaboradas a cada momento, al mismo tiempo que se entienden como las partes de un todo articulado que les determina.

Es la mujer a quien se le ha encargado la educación de los hijos, por ello es importante estudiar el fenómeno de la educación en ella, cómo se refleja en su vida, y de qué manera la ha transmitido a sus hijos.

La mujer, como parte de lo oculto, en varias épocas del desarrollo de la humanidad se vio limitada a las labores del hogar, se le concebía como la responsable de toda actividad doméstica, así como de quienes habitaban en la casa.

No obstante, las cosas han cambiado, cada vez más mujeres descubren que no pueden continuar así, y han desafiado a aquellos que se han atribuido el poder y la dominación, decidiendo estudiar, trabajar, desarrollarse como personas que piensan, razonan y sienten.

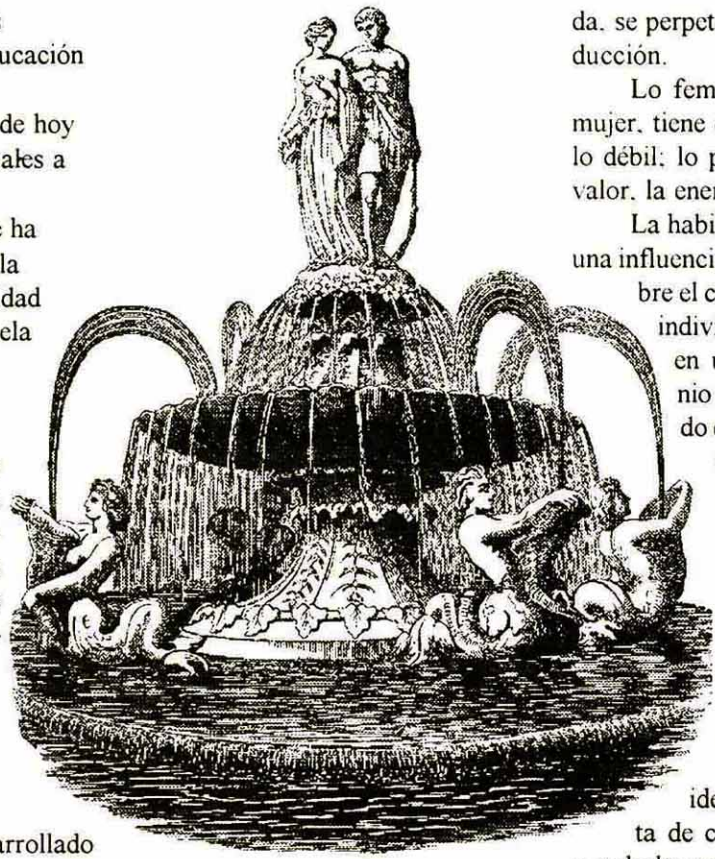
El proceso educativo en la escuela les ha ayudado a resignificar sus vidas, a formar nuevos patrones conductuales. Tomando en cuenta esto, en el presente texto se han desarrollado una serie de objetivos como son:

- Conocer si la educación recibida en la escuela influye en la manera como una madre educa a sus hijos.
- Analizar si la mujer "educada" sigue siendo portadora y

transmisora de modelos androcéntricos en la educación de los hijos.

- Determinar si los hijos de hoy cuentan con valores iguales a los de sus hermanos.
- Conocer si la mujer que ha recibido instrucción en la escuela promueve igualdad entre sexos, y si la escuela proporcionó valores diferentes a los de su hogar.

A partir de un marco teórico en donde se expone la postura del deber ser femenino y de historias de vida es como se pretende dar respuesta a estos objetivos.



La concepción de la mujer: su identidad y roles

El género humano ha desarrollado durante su existencia un gran vacío en la conformación de su historia ya sea oral o escrita.

La tradición de considerar lo masculino como el único testimonio de la historia de los actos, las ideas, la cultura y las instituciones, ha invisibilizado a la mujer del desarrollo de la humanidad.

Al tratar de definir la identidad femenina, no se ha hecho a partir de nuevos conceptos que puedan dar significado a la mujer, sino que se ha recurrido a los conceptos de lo masculino y en función a ello se ha llevado a cabo tal definición. Es necesario recorrer el relato masculino para poder incorporar lo femenino.

Las características estereotipadas del varón sirvieron hasta hace poco para definir este género y delinear su opuesto, situándolo por encima de la mujer; se muestra difícil referirse a las mujeres y abandonar los estereotipos correspondientes al lugar que la sociedad y los hombres que las gobiernan les han asignado, ya que lo femenino se ha transformado en una representación cultural y social construida a partir de imágenes y roles impuestos a través del tiempo [Hernández, 1991:13].

La cultura como producto multifacético de las formaciones sociales, también es una cultura en la cual el varón es el poseedor del control y es aquí donde se aprende el deber ser, obteniendo un "aprendizaje" también llamado socialización.

Algunos de los valores institucionalizados son: el que asume que el varón es el individuo fuerte de la especie, que con su inteligencia y agresividad estimula al desarrollo de la civilización, mientras que la mujer, con su naturaleza pasiva y fecunda, se perpetúa a través de la reproducción.

Lo femenino, lo propio de la mujer, tiene que ver con el encanto, lo débil; lo propio del varón con el valor, la energía.

La habilidad para ejercer desde una influencia hasta una coerción sobre el comportamiento de otros individuos coloca al hombre en una situación de dominio sobre la mujer, frustrando de esta manera la adquisición de una identidad propia y colectiva que debiera construirse a partir de semejanzas y después de las diferencias, no en razón de las carencias.

Todo esto ha originado que muchas mujeres acepten la identidad impuesta a costa de comprenderse inferiores y subalternas y en búsqueda del "complemento masculino".

En culturas como la nuestra, la mujer y lo femenino son el discurso oculto y tenue de la historia social, pues en ésta existe el dominio de lo masculino, del varón fuerte y activo, en posesión del poder en diferentes ámbitos. La mujer ha tenido que optar por formas desintegradas de ser mujer.

Desde la definición de los términos, la identidad femenina se debe ajustar y subordinar a un código verbal en el que no sólo faltan para hablar de la especificidad del ser mujer, sino que incluso no existen.

El problema de una definición de identidad femenina o de la constante búsqueda de ésta es sumamente remoto, pues el sustento cultural favorece todo el camino hacia la superación en el hombre y todo el detenimiento real de la mujer.

♦♦♦

El grupo familiar es el primer espacio en la conformación del sujeto y si bien paulatinamente todos los miembros pertenecientes a este grupo influyen en la personalidad de sus integrantes, no se puede negar que la relación madre-hija es un factor clave en dicha formación.

Desde el punto de vista social existe una legitimación ideológica del conjunto de comportamientos que se asignan a la mujer. Éstos han conformado una serie de mitos del deber ser femenino y son transmitidos a través de la cadena generacional: abuela-madre-hija.

La formación ideológica dada a la mujer imprime en ella valores como: abnegación, sumisión, aceptación del sufrimiento, etcétera.

Partiendo de que la mujer es el único ser capaz de procrear —en el caso humano— se le inviste de una serie de roles a nivel psicológico y social (como hija, esposa y madre), que de alguna manera engloban la concepción de maternidad y del deber ser femenino. La asunción de tales roles implica la realización de la mujer.

De igual modo que el mundo sociocultural es un producto de la mujer, ésta es un producto del mundo que la rodea (familia, iglesia, medios de comunicación, escuela).

La mujer, concebida como dependiente, no tiene derecho al conocimiento vivencial. Por tradición, a la mujer se le ha negado la libertad del conocimiento y la experiencia, la pureza, la sumisión, resignación y tantas cualidades ya antes preestablecidas para soportar lo duro de la vida.

El desenvolvimiento del sexo femenino se limita a las actividades de casa. El hogar se convierte en su esfera, su horizonte es limitado por su condición femenina, su papel en la familia es la espera, pues no sabe lo que pasa a su alrededor. Desde que se es joven, ésta tiene claramente internalizadas las "desventajas", las asimetrías sociales entre varones y mujeres y no parece percatarse de ello.

El único medio para lograr ser mujer es a partir de ser madre, pues así es como adquiere un lugar en su medio y en la sociedad. Lo que aparentemente es más claro es que ella se convierte en madre con el afán de conseguir mejorar su situación, la situación de mujer, categoría más deseable que la que se tiene.

Es en realidad inocultable: la mujer está sometida y enajenada, lo que no permite que se dé cuenta y tome conciencia de la situación en la que vive, de esta manera la gran mayoría de las mujeres no sienten la necesidad de ser liberadas y día a día se convencen que así deben seguir viviendo, y transmiten necesariamente un conjunto de valores (sumisión, abnegación, pureza, belleza, dependencia) a quienes son sus hijas, para que éstas puedan sobrevivir en esa sociedad que conserva el dominio masculino.

La relación madre-hija se convierte en una de las relaciones más difíciles y poco llevaderas, ya que en ésta se pone en evidencia la condición servil de la mujer más que en ninguna otra, al verse obligada la madre a compartir con la hija toda herencia relacional, la opresión, discriminación y explotación que ella misma sufre. La hija recibe con la asistencia de la madre la preparación necesaria para perpetuar el sistema de relaciones patriarcales. [Hernández, 1991:46].

Toda esta educación posteriormente se verá plasmada en el desenvolvimiento de la mujer y se le dificultará vencer los obstáculos que desde niña se le pusieron y el desenvolverse en todos los ámbitos, pues ha aprendido que existen los exclusivos para el hombre.

La perpetuación de la mujer como abnegada, pura, pasiva, pero sobre todo sumisa ante el modelo masculino, ha impedido la formación de una identidad femenina integrada, real y clara.

La educación en la familia

Todo ser humano inicia su desarrollo y crecimiento dentro de una familia, considerada como el núcleo básico de la sociedad, que nos proporciona lo necesario para la vida y para la supervivencia cotidiana.

Al nacer se empieza a recibir la influencia social por la que los progenitores (especialmente la madre) se han visto condicionados para ver y estar en el mundo.

La educación recibida en el ambiente familiar no puede desvincularse de la visión del mundo que tiene la sociedad a la que se pertenece, así como a su cultura e historia.

En la sociedad en que se desarrolla todo ser humano, la educación (así como las demás funciones de la familia) conciernen a la madre, ésta es la que se encarga de transmitirla, pues el desarrollo androcéntrico mantenido por la sociedad le concede este rol y a partir del mismo puede alcanzar su condición humana.

Siendo la madre (en la inmensa mayoría de los casos) quien educa a las hijas e hijos, ella es el primer modelo de los infantes y con ella se establecerán los cimientos de estos individuos.

Dada la evolución de la sociedad, la mujer- madre es portadora de un sinfín de modelos y pautas de conducta que reproducen el orden social

♦♦♦

y de los cuales le es difícil desprenderse.

Aunque puedan existir en las familias códigos parcialmente diferentes, existe una especie de código universal que opera con los valores determinados socialmente, conformando las reglas que rigen la organización familiar y la ideología de la misma formada por el conjunto de elementos cognitivos que adquieren función *conativa* —valores, creencias, actitudes— [Sánchez, 1998:48].

Partiendo de este código universal, a la mujer se le han proporcionado ciertos roles (que integran su identidad) con los que crece, se reproduce y muere.

Desde niñas se les encasilla en un rol de actividades domésticas, en detrimento del desarrollo de sus aspectos intelectuales y creativos. En todas sus relaciones su papel estará subordinado al cuidado y protección del hombre, se le enseñará a ser una "buena mujer", reforzándole los valores femeninos como: arreglo personal, su forma de vestir, etcétera, convirtiéndose en esposa, para luego ser madre [Preciado, 1996:48].

En el ser madre inicia su realización, que implica un gran compromiso, pues lo que sucede con los hijos y las hijas es producto de lo ella como madre ha hecho.

La educación en la familia comienza con el aprendizaje del lenguaje. Éste divide el universo en categorías. El lenguaje refleja el sistema de pensamiento colectivo y con él se transmite la forma de pensar, sentir y actuar de una sociedad. La madre, al enseñarlo a sus hijas e hijos, está inculcando un sistema para interpretar el mundo.

Los niños y las niñas van adquiriendo una identidad basada en el lenguaje, es decir, a través de éste se dan cuenta de cuáles características los definen como seres pertenecientes a sexos distintos.

Cuando las niñas y los niños han descifrado su propia identidad, notan a temprana edad que existen diferencias en el trato de acuerdo con su sexo.



Es entonces cuando la familia y la madre fomentan y reproducen de manera inconsciente (pues es parte de ellos) una educación desigual. Los adultos dan a las niñas un trato afectuoso y mantienen una relación de más actividad física con los varones.

Es así como los niños y las niñas se van dando cuenta que existen diferencias en el aprendizaje y aprehensión del lenguaje, se percatan que lo mismo pasa con las pautas y modelos, ya que éstos están muy bien definidos para lo femenino y para lo masculino.

Relación madre-hija

La relación madre e hija está fundamentada en la transmisión de la identidad que la mujer porta. La hija, como preservadora de los modelos que reproducen el orden social, va aprehendiendo su educación conforme a una identidad esencialmente relacional, su vida parece definirse en el ámbito de la familia, el amor, la formación de la pareja y el matrimonio, y la consecuencia natural de dicha unión: la procreación de los hijos y con ello el ejercicio de la maternidad. Esta condición implica por tanto la asunción de los roles de esposa y madre y el tercer rol que habitualmente los acompaña: ser ama de casa [Preciado, 1996:49].

Los roles desde la infancia son reforzados; a la niña que posteriormente se convertirá en mujer transmisora a su vez, se le presenta vinculada a la actividad doméstica, se le educa en un estilo de vida dirigido fundamentalmente al servicio y dependencia de otros.

Como proceso de asimilación de esta educación, las madres —sin descartar a los padres— son más cariñosas con las hijas, poco exigentes, pero refuerzan en ellas todo tipo de actitudes que las hagan dependientes de los adultos.

Relación madre-hijo

Contrariamente a los roles que debe

aprender la niña, el niño es educado de manera muy distinta a la hija, hasta pareciera que son educados en diferentes familias.

Para la madre es difícil olvidar en el momento de educar a sus hijos la concepción androcéntrica en la que se encuentra inmersa. Ella trasmite a su hijo modelos de conducta que difieren a los de su hermana o de las demás niñas.

Al niño se le empieza a exigir más, se utiliza el castigo para reprenderlo y se le da mayor cantidad de información acerca del funcionamiento de las cosas.

Sin darse cuenta, la mamá le atribuye a su hijo la inteligencia, la fuerza y audacia; su estilo de vida está enfocado a actividades que le posibiliten la participación social y mayor reconocimiento de la sociedad, la independencia [Ehrilich, 1989 14-15].

Aunque éste también experimente dolor, tristeza o felicidad en la misma intensidad que la niña, se ve coartado en poder manifestarlo, ya que debe guardar una postura serena que denote fortaleza e inteligencia.

La mujer de esta manera participa del pensamiento androcéntrico, debido a que tiene inconscientemente aceptados sus tópicos y en algunas ocasiones es su principal defensora y fiel transmisora.

La educación en la escuela

Los niños y niñas al ingresar a la escuela llevan ya una concepción de lo que es su identidad y cuáles son las pautas de conducta que los rigen. En la escuela clarificarán el significado de ser niña y ser niño.

La función de la escuela, al igual que la de la familia, es integrar al ser humano a la sociedad en que viven, contribuyendo a la formación intelectual y social de los individuos.

La escuela como institución normativa contribuye de manera sistemática al desarrollo de las pautas de organización de la conducta y de las actividades de forma prácticamente permanente.



De igual manera como pasa en la familia, la escuela refleja el androcentrismo cultural al que estamos sometidos y sometidas, aún cuando pareciera que mantiene un papel neutro en lo relativo a la discriminación y prejuicios sobre la mujer.

Esta institución colabora poderosamente en la conformación del *yo* social, las pautas diferenciales de comportamiento, el modelo al que se debe identificar para ser "más mujer" o "más hombre". Así, podemos considerar que las prácticas educativas son un vehículo importante de transformación patriarcal en la que vivimos.

De la misma forma como inicia la educación familiar, parte la educación en la escuela: con la utilización del lenguaje.

En el proceso educativo, el lenguaje juega un papel fundamental, ya que a través de él los humanos analizamos, generalizamos y codificamos nuestras impresiones sobre el mundo, pues éste mediatiza nuestra percepción y es un elemento fundamental de la conciencia que nos permite jerarquizar y establecer relaciones entre los diferentes eventos del mundo, así como nos ayuda a adquirir gran parte de las normas sociales que servirán como pautas para guiar nuestro comportamiento, siendo un instrumento principal de la creación de nuevos conocimientos y en este sentido de nuevos mundos. En la escuela no podría tener un lugar menos importante.

Las niñas y los niños llegan a la escuela marcados por una serie de elementos externos que les llevan a crearse una imagen particular del mundo.

En la escuela da comienzo nuevamente una educación asimétrica, es decir, la niña cuando recibe su educación en la familia va adquiriendo en primera instancia una identidad basada en el lenguaje, que poco se desvanece, y en la escuela se da cuenta que tiene esa identidad, pero que debe deshacerse de ella inmediatamente, pues nota que el maestro o maestra que está frente al grupo para hablarle a un colectivo, lo hace en género masculino, estando incluida dentro del mismo.

Aún cuando las niñas y los niños se encuentran en un mismo salón de clases, la educación que reci-

ben toma un sentido diferente para cada una de ellas y ellos.

El lenguaje oral es en primera instancia el que denota las diferencias existentes, para luego ser el lenguaje escrito el que las reafirme.

A nivel primaria, los programas educativos están inundados de modelos masculinizantes, que los educandos están asimilando y con los cuales van a crecer y grabar en su inconsciente.

Desde que se trata de enseñar a los educandos a leer y escribir empiezan a surgir estos modelos. Los libros cuentan con oraciones en las que se ensalzan las labores domésticas, cuidado de los hijos e hijas, sumisión, abnegación como características propias de la mujer, y del varón, la fortaleza, audacia, independencia y protección al sexo opuesto.

Las imágenes que las niñas y los niños observan día a día llevan implícitas las pautas de conducta que deben seguir, y cuando logran leer, lo que ellas representan —que en ocasiones no importa si dice lo contrario a lo que representa o si se utiliza para comunicar ciertas características, pues las niñas y los niños lo asimilaron tal como lo vieron— simplemente las están reforzando.

Desde la educación primaria hasta la educación superior encontramos que las mujeres reciben una educación sexista, carente de igualdad y libertad. Por ejemplo, las ciencias sociales son consideradas como parte importante en nuestra formación, a partir de éstas podemos conocer la evolución que ha tenido la humanidad.

De primaria a bachillerato, al estudiar los contenidos de la materia de historia, nos encontramos que la mujer no existe, no tiene historia y eso es lo que alumnas y alumnos captan.

En los textos históricos notamos que existe lo que Álvaro García Meseguer define como salto semántico, es decir, iniciar un discurso referido a personas utilizando un término de género gramatical masculino, en el sentido amplio abarcando a mujeres y varones, y utilizar expresiones que pónen en evidencia que se hacía referencia exclusivamente a los varones [Moreno, 1990:44].

Los textos educativos, y en especial los de historia, padecen de una ambigüedad interpretativa de la palabra "hombre". Notoriamente existe una discriminación sexual que queda grabada en nuestro inconsciente, reforzando la concepción de que varón y persona es lo mismo.

Las alumnas y alumnos reciben una clase bañada de historia de mitos y tópicos machistas donde sólo se hace referencia a la valoración de la fuerza, de la violencia, de la virilidad, del heroísmo, del orden jerárquico, de las conductas que llevan al suicidio, de la pericia, de la capacidad de someter a otros, y salvo honrosas excepciones, se mencionan a algunas mujeres, pero siempre y cuando se asemejan o cuenten con características similares a las de los varones.

En lo que a las ciencias exactas concierne, desde tiempo atrás se ha considerado que las mujeres carecen de capacidad para tener un buen desenvolvimiento en las mismas, y bajo este tópico se sigue educando. El maestro o la maestra le conceden al niño o joven estudiante mayores habilidades para las matemáticas, la física, la química, etcétera, y a las niñas o señoritas les atribuyen habilidades para las ciencias sociales, dejando fuera de sus posibilidades a las ciencias exactas.

Hay la concepción de que el niño es más inteligente y tiene más desarrollado su razonamiento abstracto, mientras que la mujer sólo desarrolla el razonamiento lógico.

Existe por parte de los profesionales de la educación una actitud de negación de todo aquello que es específicamente femenino, considerado menos valioso que lo masculino. No hay una coeducación, se niega una para considerar modélica otra: la del niño.

Si bien es cierto que en la actualidad se está luchando por la existencia de la mujer dentro del panorama educativo y social, se ha intentado acabar con la imagen de la mujer solitaria, ama de casa, eterna cuidadora de niños, única consumidora de productos de limpieza. Se le empieza a sustituir por la de la pareja moderna que comparte las tareas domésticas y cuida a los hijos, la de la mujer más independiente que organiza el trabajo y decide lo que hay que hacer, pero estamos aún muy lejanos de que esto inunde nuestro bagaje cultural, pues hay poca existencia de material que lo refuerce.

Ahora bien, el querer cambiar no significa que dejemos que niños y niñas hagan lo que quieran, pues éstos tenderán a reproducir los esquemas y modelos de su medio. Es necesaria una educación que esté bien estructurada y carente de modelos androcéntricos. La libertad debemos empezar a construirla a partir de nuevos modelos educativos.

La escuela debe contribuir a esto, pues en este nuevo camino se logrará el descubrimiento de una multitud de esquemas de conducta atribuidos a cada sexo, que nada tienen que ver con capacidades innatas ni formas espontáneas de comportamiento y sí con la reproducción de los modelos existentes, pero a medi-

♦♦♦

da que aumente el abanico posible de conductas se enriquecerá la personalidad de cada uno con nuevas aportaciones y se aprenderá que hay muchas maneras de ser mujer, así como hay muchas formas de ser hombre.

Sería conveniente potenciar la elaboración de libros no androcéntricos animando a las mujeres a que los escriban y presionar para que se ejerza un control eficaz de los rasgos sexistas en los libros de texto.

Los libros de textos son el reflejo de una escuela pensada exclusivamente para niños a la que poco a poco se fueron incorporando las niñas sin que sufrieran modificación; el hombre y la mujer de hoy necesitan perspectivas amplias, puntos de vista múltiples, pues ya no pueden verse limitados por una sola visión del mundo.

Claro está que el conseguir una educación no sexista no es sólo trabajo de la escuela, también concierne a la familia y a la sociedad entera, pero a través de la escuela se puede llevar una importante labor de transformación. Así, las niñas y niños podrán descubrir que existieron mujeres en todas las épocas y tendrán elementos para criticar por sí mismas su ausencia en los libros.

Es necesario no negar a las niñas su identidad, afirmar lo femenino y a los niños darles lo que la sociedad les niega: la posibilidad de ser ellos mismos, de no tener que esconder sus miedos y debilidades bajo máscaras de fortaleza.

Desde la escuela no se puede cambiar a la sociedad, pero sí sembrar alternativas, enseñar a abrir caminos y mostrar que los seres humanos podemos lograr que la escuela deje de ser la caricatura de la sociedad. ♦

Bibliografía

Alcalá, Adelina y Silvia Palomino Topete. *Problemas que enfrenta la mujer en Aguascalientes*. Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1990, 82 pp.

Ehrilich, I. Marc. *Los esposos, las esposas y sus hijos*. Editorial Trillas, México, 1989, 204 pp.

Elú de Leñero, Ma. del Carmen. *¿Hacia dónde va la mujer mexicana?* Instituto Mexicano de Estudios Sociales, 2ª edición, México, 1973, 219 pp.

Fernández Areal, Manuel. *El cariño entre padres e hijos*. Editora de Revistas, colección Familia n° 10, 4ª edición, México, 1988, 40 pp.

Hernández Cortés, Guadalupe. *Educación y género*. ENEP Iztacala-UNAM, México, 1991, 82 pp.

Leñero Otero, Luis. *El fenómeno familiar en México. Su estudio sociológico*. Instituto Mexicano de Estudios Sociales, México, 1983, 334 pp.

Moreno, Monserrat. *¿Cómo se enseña a ser niña?: el sexismo en la escuela*. De Icarta.

Reed, Evely. *La evolución de la mujer del clan matriarcal a la familia patriarcal*. Fontamara, México, 1987, 350 pp.

Sánchez Azcona, Jorge. *Familia y sociedad*. Editorial Joaquín Mortiz, 3ª edición, México, 1998.

Satir, Virginia. *Relaciones humanas en el núcleo familiar*. Lib. C. Cesarmon, México, 1978, 229 pp.

Sen, Gita. *Desarrollo, crisis y enfoques alternativos: perspectivas de la mujer en el tercer mundo*. El Colegio de México, México, 1988.

Tapia Uribe, F. Medardo. *La educación de la mujer en la cultura familiar*.